

Editorial **ALAS**



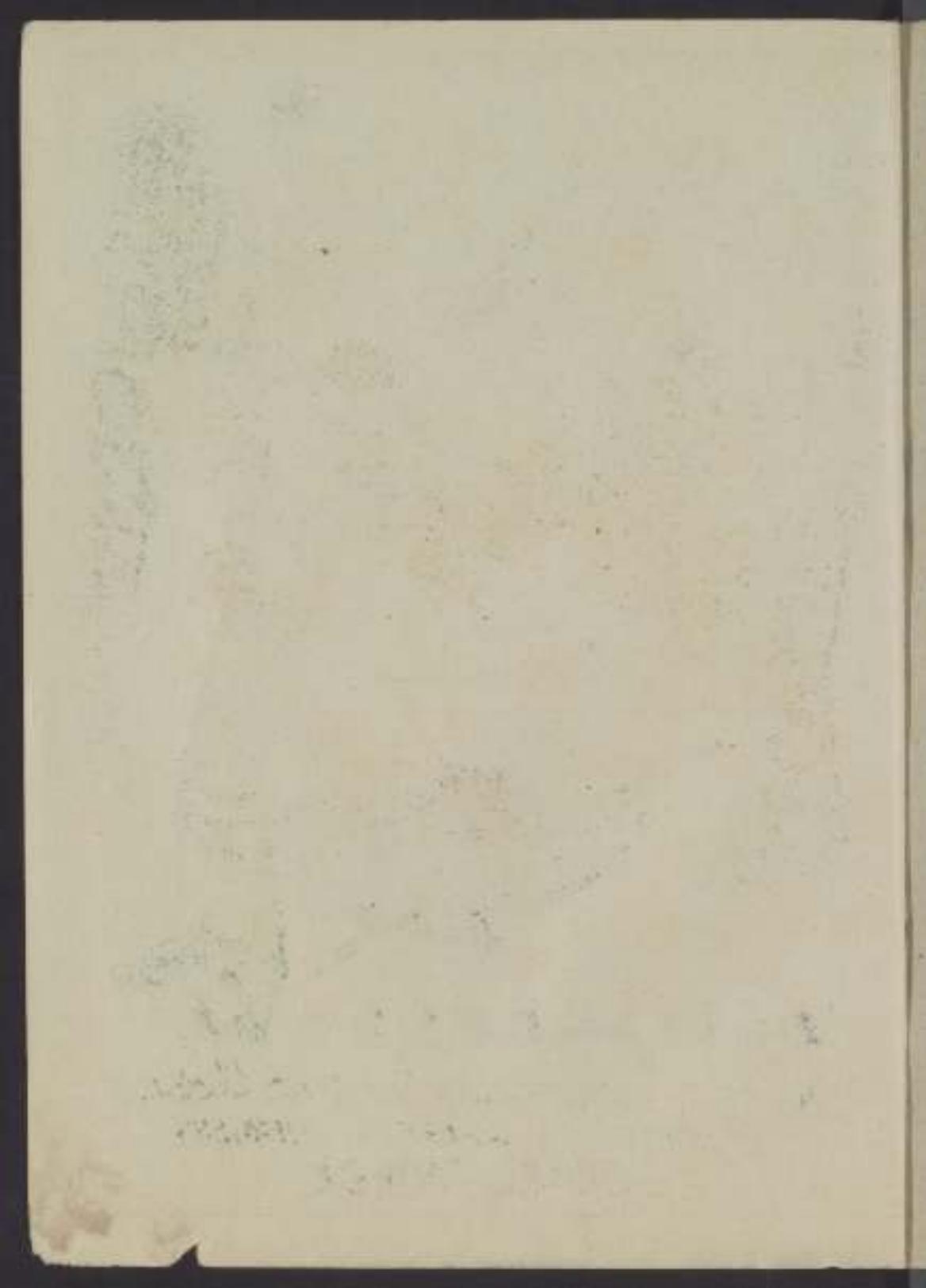
DIRECTOR ALFRED E. GREEN

ALADINO

y la lámpara maravillosa

EFECTOS KEYES • FOT. SILVERS • AJUSTE JERGENS

Y CORNEL WILDE





Aladino y la
lámpara maravillosa

QUINTANA ROO
CALLE DE LA REVOLUCION
1910



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 44 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUES

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTS DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbó, 16, Barcelona - Ternera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 129

NUM. 129

ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA

¿Quién no ha oído hablar de «Las mil y una noches», esos cuentos de maravilla y de fantasía que han colmado y colman los sueños de quienes, en su deliciosa ingenuidad, aspiran a ignotas regiones donde todas las aventuras sean bellas y tengan un desenlace feliz?

La leyenda de Aladino y su lámpara maravillosa nos ha llegado con un suave perfume oriental y como un dulce motivo de ensueño. Leyéndola, se nos antoja vivir bajo un cielo fuertemente azulado, con miles de estrellas doradas y en un país donde cada árbol y cada piedra tienen un mágico poder.

Esos cuentos, proyección de lejanas tierras, nos ofrecen un colorido de bellos matices, que bien podían ser plasmados a través de una película. Alfred E. Green la concibió y la realizó maravillosamente.

EDITORIAL ALAS se complace en ofrecer a sus lectores una versión de la película, tal como ha sido realizada, con matices que varían las escenas, pero que mantienen y aun ensalzan, con figuras que se mueven y se agitan, y con paisajes llenos de luz y de color, su bella substancia, evocadora de las más deliciosas maravillas.



CASA CENTRAL:

ENRIQUE GRANADOS, 44 - BARCELONA

SUCURSALES EN

BARCELONA • MADRID • VALENCIA • BILBAO • SEVILLA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Aladino</i>	Cornel Wilde
<i>El Genio</i>	Evelyn Keyes
<i>Abdullah</i>	Phil Silvers
<i>Princesa Armina</i>	Adèle Jergens
<i>Sultán Kamar</i>	Dennis Hoey
<i>Príncipe Hadji</i>	
<i>Novira</i>	Dusty Anderson
<i>Jafar</i>	Gus Schilling
<i>Gran visir Hassan</i>	Philip Van Zandt

Director

Alfred E. Green

Narración literaria por
Fernando Cifuentes



ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA

El mercado de esclavos de la antigua ciudad oriental ofrecía una magnífica escena de vida y de color. La pintoresca y vistosa indumentaria de las gentes constituía un poético complemento de aquel paisaje de blancas y artísticas construcciones.

Aquella clara mañana en el mercado se habían efectuado muchas transacciones, y la animación se mantenía constante. Un subastador de bellas mujeres exóticas de la India, de encantadoras concellas rubias del Alto Nilo y de deliciosas morenas de Nubia, se disponía a empezar, desde su altillo, su cotidiano tráfico humano, y con sus palabras rutinarias llamaba la atención de las gentes que habían acudido al mercado:

—La subasta está a punto de iniciarse. ¡Ante vuestros ojos tenéis hermosas mujeres, capaces de gustar al más exigente!

A poca distancia del subastador el joven Aladino de Carzay, fuerte y arrogante, atraía también la atención de la multitud, pero no lo hacía ofreciendo bellas mujeres a cambio de oro, sino con su voz clara y potente que en aquel momento entonaba una deliciosa canción oriental.

El subastador no pudo contener su elogio para Aladino:

—¡Buena garganta, Aladino! Nunca me faltaría auditorio si te quedaras aquí.

A lo que Aladino replicó:

—Yo canto sólo por amor al arte.

Mientras el mercader subastaba aquellas bellezas de Oriente y Aladino dejaba sentir sus melodías, Abdullah, amigo del cantor, se hallaba ocupado en sus arriesgadas pero lucrativas operaciones.

Abdullah era un muchacho jovial, al que llamaban «El Adelantado», porque él mismo aseguraba haber nacido mil doscientos años antes. Pero más que un «adelantado» era un aprovechado, porque no despreciaba ninguna ocasión para apoderarse, entre bromas, cantos y risas y valiéndose de abrazos y de empujones, de cuanto los demás llevaban de valor.

Aladino no se lo consentía; pero el amor de Abdullah hacia lo que no le pertenecía era demasiado fuerte para que los prudentes y sabios consejos de aquél tuvieran alguna eficacia. Cuando aquella mañana, Aladino advirtió, desde el lugar donde estaba encaramado, que Abdullah se había apropiado de una cadena de oro que llevaba un mercader, saltó —como movido por un resorte— para reprochárselo:

—Ya no sé lo que voy a hacer contigo. Anoche me prometiste que no volverías a tocar ni una moneda.

—Dices que he robado una moneda. ¿Qué moneda? Aladino, me sorprende y me duele que no creas en mis promesas. ¡No irás tú a suponer que sea yo de los que las dejan incumplidas!...

—¡Oh, no!—respondió Aladino—. Ya sé que en eso no engañas. Pero te exijo que devuelvas inmediatamente la cadena al mercader.

Y se dispuso a registrar las ropas de Abdullah para encontrarla.

—¡Ah, Aladino, no me hagas cosquillas! ¿Qué cadena dices?

En aquel momento, el mercader se dió cuenta de que la cadena le había desaparecido y se puso a dar gritos como un loco:

—¡Me han robado la cadena de oro!

—Esa es la que tienes tú—afirmó Aladino a su amigo Abdullah.

A las voces del mercader, se unieron las de otro que se echaba de menos la bolsa con su dinero.

Para sembrar la confusión y eludir sus responsabilidades, Abdullah gritó también:

—¡Socorro! ¡A mí me han robado también!

Pero la estratagema de Abdullah había de servirle de muy poco. Los mercaderes robados le reconocían como al hombre que, momentos antes, les buscara conversación para distraerles y robarles cuanto de valor llevaban encima. Su sangre fría le permitió desarmar a los que tan directamente le fulminaban imprecaciones y amenazas, y trató de escurrirlos diciendo:

—No fui yo. Fué el cojo Bey.

—¿El cojo Bey?—le preguntó con extrañeza y desconfianza uno de los mercaderes.

—¿No conocéis al cojo Bey? Es uno que suele andar así...

Y Abdullah se dispuso a imitar la cojera de un Bey inexistente, y trató de desaparecer del grupo que se iba formando. Aladino, que se consideraba su mejor amigo, y que por esta razón le reprochaba siempre su conducta, quiso proteger a Abdullah en su retirada y los dos echaron a correr, mientras los perjudicados gritaban desafortadamente:

—¡Mi cadena, mi cadena! ¡Este es el ladrón!

—¡Ha robado mi bolsa! ¡Detenedle!

Pero en aquellos instantes de criterio y confusión, aparecieron el capitán Kahim y Kafar, de la guardia del Sultán. Los dos se disponían a rajatabla a limpiar de gente la plaza del mercado de esclavos, porque era inminente la llegada de la princesa Armina.

—¡Fuera de aquí todos!—gritó Kahim—. ¿Queréis que os saquen los ojos por haber mirado a la princesa?

En efecto, mirar a la princesa durante su paso, en línea, por la calle era considerado como un grave delito que no merecía perdón.

—¿No oísteis al capitán?—dijo airado Kafar—. ¡Abrid paso a la princesa!

—Nadie que vea a la princesa puede seguir viviendo. ¿Osáis retrasar su paso por aquí? ¿Queréis que os hagan pedazos?

Las gentes, atemorizadas ante unas amenazas que sabían que

iban a cumplirse inexorablemente, corrían en todas direcciones en busca de un lugar que les pusiera al abrigo de tales represalias.

La plaza quedó limpia de gentes y de vehículos.

Aladino y Abdullah se refugiaron detrás de unas columnas; pero su posición les permitía ver, sin ser vistos, a la princesa.

—Nadie puede ver a la princesa Armina sin arriesgar su vida —dijo Aladino—. Puedo ser, en verdad, una mujer tan linda.

—No ha habido hasta ahora loco alguno que quisiera averiguarlo. Le costaría la cabeza —replicó Abdullah.

—¡Loco! ¿Tú crees que sería un loco? Sólo por ver un bello rostro que ningún hombre ha visto valdría la pena morir.

Irónico y mordaz en sus comentarios, Abdullah contestó:

—Si, pero, después de muerto, ¿a quién ibas a contárselo?

En aquel momento, llegaba a la plaza desierta la suntuosa litera, que, conducida por ocho esclavos, transportaba a la princesa Armina. A través de los cortinajes de ricas sedas, que cubrían los cuatro lados del palanquín, sólo se dibujaba la fina silueta de la hija del Sultán.

Al pasar la litera por delante del escondrijo que Aladino y Abdullah habían escogido, aquel no pudo reprimir su impulso y su deseo de ver a la princesa, y salió.

—¿Adónde vas? —tuvo tiempo de gritarle Abdullah.

—¡A volverme loco!

—¡Aladino! ¡Quieto ahí!

Pero Aladino ya se hallaba solo en la plaza, detrás de la litera. Su propósito era el de contemplar cara a cara, sin velos que la cubrieran, a la princesa Armina. Este deseo era impracticable por las buenas, porque ocho forzudos esclavos le daban guardia. Pero Aladino no se arredró, y tuvo la idea, que puso en práctica, de arrojar ante la litera un jarrón que, en su precipitada fuga, había dejado abandonado un mercader.

El jarrón cayó en el lugar preciso. Los esclavos se precipitaron ante la litera para ver lo que había ocurrido. Y este momento fué aprovechado por Aladino para penetrar en el interior del precioso palanquín.

Al ver un hombre desaharrapado que entraba en la litera, la princesa tué a dar un grito. Pero Aladino la contuvo:

—¿Princesa, no gritéis, por favor!

—¿Quién eres tú? ¿Por qué has entrado aquí?

—Por haberlo decretado el destino, Alteza.

—Pues no tardarás en ver las otras sorpresas, más amargas, que el destino te reserva.

—Por favor, esperad. Os ruego que me escuchéis antes. No me importa que luego llaméis a los guardias para que me arranquen la piel.

—Por tu piel puedes estar tranquilo. No sufrirás demasiado.

—¿Qué buena sois!

—Te cortarán la cabeza.

—¿No consideráis lo que representa de crueldad esta represalia contra quienes sólo desean conoceros?

—Pero...

—Mi pretensión no es la de defender mi cabeza. Acepto el sacrificio.

—¿Qué buscas entonces?

—Aquello que yo más ambiciono contemplar: la belleza de vuestro rostro...

—¿Acaso te has vuelto loco?

—Se suele esperar el cielo después de la muerte. Pero yo quisiera verlo antes de morir.

—Pero, ¿quién eres tú?

—Me llamo Aladino de Carzay. Adoro la hermosura para cantársela al universo. Acostado en la noche sobre las arenas del desierto, he llegado a tocar las estrellas con la mano. He cantado la música de los ríos. Esos son mis tesoros. Nunca escuchieron su singular belleza ante mí. Descubriéndome la vuestra, después de haberla visto, poco me importa la muerte. Descorred este velo. Os lo suplico, Alteza.

La princesa no hizo el menor gesto. Ni el de complacencia ni el de resistir al osado.

Y fué Aladino quien descorrió el velo que cubría el rostro de Armína, y estampó en sus labios un beso largo y entrañable.

Durante esta escena, la litera había permanecido parada. Los servidores de la princesa habían recogido los trozos del jarrón que había sido misteriosamente lanzado. Nadie —ni el capitán Kahim— llegó a sospechar lo que había ocurrido.

—¡Continuad la marcha!—ordenó a los esclavos.

Y la litera siguió su camino en medio de las desiertas calles de la ciudad.

Al llegar ante la puerta de palacio, la princesa, horrorizada, expuso a Aladino sus justificados temores.

—¿Qué vas a hacer ahora, desdichado?

—Lo que espero hacer desde que he visto tanta maravilla.

La princesa penetró en el jardín de palacio. En la puerta del edificio, la aguardaba el visir Hasan, un palaciego siniestro que ambicionaba casarse con Armina.

—¡Alteza!—le dijo, haciendo una estudiada y profunda reverencia—. El Sultán os espera en su cámara.

La princesa descendió de la litera, y ésta, que todos imaginaban vacía, fué conducida por los esclavos a su real depósito.

EL HERMANO TRAIOR

El Sultán se hallaba en su cámara, asistido por el médico, que le había hecho la última cura de la herida que sufría en el brazo derecho.

—La herida está bien curada, mi señor. Sólo quedará la cicatriz, que ya nadie podrá borrar.

—La cicatriz no tiene importancia.

—Lo importante, señor, es que hayáis escapado a la muerte, que parecía cierta. Poco faltó para que los conjurados lograsen sus propósitos.

En efecto, el Sultán había sido víctima de una conjuración llevada a cabo por su hermano gemelo, el príncipe Hadji, y por el Visir pretendiente de la princesa.

Mientras el Sultán dialogaba con el doctor, llegó Armina a las habitaciones reales.

—¿Cómo sigue vuestro rebelde paciente, doctor?—preguntó la princesa.

—Tengo el placer y el honor de informaros que S. M. está ya restablecido.

El Sultán notó una expresión distinta en el bello rostro de su hija.

—Te encuentro radiante esta mañana. Jamás vi tal color en tus mejillas.

—Supongo que será del aire y del sol.

—¡Hum!—se limitó a decir el Sultán.

—¡Padre!

—¡Hija! ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Es horrible esta cicatriz...

—Sí. Esta la última reliquia que me dejó mi hermano Hadji. Con este brazo paré el golpe con el que quería matarme. A veces pierdo que no debí dar oídos a tus ruegos. Al dejar libre a Hadji, le di la oportunidad de fraguar otro complot, que quizás esta vez logre tener el éxito que entonces no tuvo.

—¿Desde el destierro?

—Quién sabe...

—No te preocupes, padre. Hadji no podrá hacer nada desde allí.

—No estoy tan seguro como tú. Sospecho que volveremos a tener sus noticias.

—No ibais a decapitarlo como a los demás conspiradores. No olvides que es tu único hermano.

—Lo que no fue obstáculo para frenar su criminal deseo.

Tras una breve pausa, la princesa hizo una extraña pregunta a su padre.

—¿Es verdad que soy tan hermosa?

El Sultán, que ignoraba el porqué su hija lo había preguntado, se limitó a sonreír y a acariciarla.

Tal como el Sultán había presentado, el príncipe Hadji volvió del destierro al que fue condenado, y preparaba otra conjura para terminar con su vida. Su osadía sin límite le llevó al interior mismo de palacio. El Visir, complicado en la conspiración, quedó entre admirado y consternado al verle en una de las habitaciones del Sultán.

—¡Príncipe Hadji!—exclamó.

—¡Gran disfraz! ¿No lo crees así?

—Este regreso es una locura. ¿Y si fuerais descubierto?

—No será fácil. Ni tú pudiste reconocerme.

Era tan extraordinario el parecido del príncipe Hadji con su hermano gemelo el Sultán, que resultaba difícil en verdad la identificación.

—Debéis marcharos—insistió el Visir—. Si os capturan, os cortarán la cabeza.

—No es eso lo que te preocupa—respondió el príncipe, que creía muy poco en la lealtad del Visir—. Lo que tú temes, Hasan, es que se descubra tu participación en mis planes.

—Príncipe Hadji!—exclamó, molesto, el Visir Hasan.

—Ya está dicho.

—Pues, entendedlo de una vez. No reincidiré en colaborar en otra de vuestras intrigas.

—¿Y mi sobrina, la linda princesa Armina?

—S. A. está perfectamente.

—No es eso a lo que me refiero. ¿Aun la adoras a distancia?

—¿Es necesario hablar de eso?

—Quizás merezca la pena. Dime, Hasan: ¿está dispuesto su real padre a aprobar la idea de casarla contigo?

—Os consta que no.

—En cambio, si yo fuera Sultán, podrías abrigar esta esperanza. Mirame bien, Hasan. ¿Admites alguna diferencia física entre mi hermano y yo?

—No es ningún secreto que vos y mi señor tenéis un raro parecido.

—Así, pues, si yo ocupara su puesto un día, ¿no lo advertiría nadie?

—Pero, ¿qué es lo que proyectáis ahora?

—Algo extraordinario e infalible. Escúchame bien si es que pretendes todavía ser el esposo de la princesa. Cuando el Sultán esté orando, le eliminaremos, pero sin matarle. Le confinaremos en los sótanos del palacio de Jalfa.

LA DESAPARICION DEL SULTAN

El príncipe Hadji había concebido y madurado su plan. Su llegada obedecía al deseo de ponerlo inmediatamente en práctica.

Cuando se oyó la llamada a oración, Hadji se dirigió a las habitaciones donde el Sultán se hallaba rezando, y le asestó traídoramente un fuerte golpe en la espalda. El Sultán se desvaneció, y fué entonces cuando su pérfido hermano se dispuso a recoger el cuerpo insensible de la víctima para despojarle de sus ropas y conducirlo luego a la prisión que le tenía reservada.

Hasan había asistido a la escena.

Cuando el príncipe Hadji hubo agredido al Sultán, se volvió hacia el Visir y le dijo:

—¡Ahí tienes! ¿Ves cómo era sumamente fácil? Ya no me queda otra cosa que ponerme sus ropas.

—Era mil veces preferible matarle—exclamó Hasan ante la sombría perspectiva de que pudieran ser descubiertos.

—¡Imbécil! Sólo él conoce los asuntos de Estado, que nos interesa saber para gobernar. Será un cadáver que hablará cuando yo quiera. Ahora soy yo el Sultán. ¿Y quién lo sabe?

—Yo, señor.

LA BRINCESA ESTABA ENAMORADA

La princesa, que ignoraba cuanto había acontecido en el interior de palacio, se hallaba en el jardín con Novira, su dama de compañía, mientras una danzarina evolucionaba ante ella. La princesa tenía un aspecto de infinita tristeza. Novira lo observó y no pudo contenerse de decirse lo.

—Esta noche—respondió la princesa—quisiera ser cualquier otra persona menos la hija del Sultán. La esclava más humilde goza de más libertad que yo.

—Jamás he oído a mi señora ansiar ninguna libertad. ¿Por qué la desea tanto esta noche?

—Porque esta noche quisiera tocar las estrellas con la mano. Atravesar las calles sin escolta, admirar libremente los bazares, como hacen las mujeres del pueblo. Aprovecharía esta libertad para acercarme al mercado donde se hallan los cantores. Dime, ¿oíste hablar de Aladino de Carzay?

—Por supuesto, Alteza. En todo el Oriente son conocidas sus canciones. Las mujeres le admiran, y he oído decir que han habido doncellas que se levantaron el velo por él.

En aquel instante, la apuesta figura del galán apareció en el jardín. En presencia de la princesa Almira, entonó una de las bellas canciones que le habían granjeado la admiración de las gentes. Sin temor, con la conciencia tranquila del que no tiene que reprocharse de nada, Aladino avanzó hacia su amada. Ella reprimía difícilmente el deseo que sentía de lanzarse entre sus brazos, y haciendo un gran esfuerzo; cuando le tuvo muy cerca, le reprochó su osadía:

—¿Es posible que quieras enamorar a la princesa como si fuera una mujer del mercado?

—¿Del mercado decís? ¿Qué tienen ellas que ver con vos? Cuando un hombre contempla el mar, poco le parece después una gota de agua.

—¿Es que no te das cuenta de lo que me humillas? ¿No te bastó con asaltar la litera, ni con levantar mi velo, ni siquiera con que no te castigara por tu osadía? ¿Tenías que entrar en mi propio jardín y tratarme como si yo fuera una plebeya?

—Os juro, Alteza...

—Supongo que no será la primera que crea en tus palabras. Son agradables al oído. Pero te ordeno que vuelvas a tus bazares.

—Podéis estar segura, Alteza, de que todo cuanto os dije antes de contemplar vuestro rostro, sin el velo que lo cubría, era mentira; pero que, desde aquel instante, mis palabras cobraron una gran sinceridad.

—Vete cuanto antes. Si te descubren aquí, morirás.

—¿Os importaría?

—No quiero que nadie se muera por mí.

—¡Armina!

—Vete. ¿Por qué no te vas?

—Porque sé que no queréis que me vaya, porque habéis soñado en el abrazo de un vagabundo, porque olvidaríais que sois la hija del Sultán y comprenderíais, al fin, que antes que princesa, sois mujer.

—Si no marchas como te ordeno, llamaré a la guardia.

—¿Tanto miedo tenéis?

—¿Miedo de ti?

—No. De vuestro corazón. Miedo a que os haga descender del pedestal en el que siempre os habéis sentido protegida y segura; miedo de vivir aunque sólo fuera por un instante.

—Vete, Aladino, vete.

CONDENADO A MUERTE

La princesa temía por Aladino. Temía por su vida, y con razón, porque no ignoraba que el capitán Kahim y Jafar se hallaban de vigilancia en el jardín. En su inspección, los dos oficiales llegaron hasta el lugar donde Aladino se hallaba con la princesa.

Cuando vieron a aquel hombre de miserable aspecto, Jafar y Kahim se precipitaron sobre él.

—¡Llama a la guardia! ¡Qué salga la guardia! ¡La guardia!

Aladino intentó huir, estimulado por los gritos de la princesa, que no cesaba de rogarle que saltara por el muro.

—¡Detenedle! ¡Detenedle!—gritaban Kahim y Jafar.

El muchacho no pudo escapar y fué apresado por sus perseguidores.

—Llevedle ante el Gran Visir—ordenó el capitán.

El Visir le preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Soy Aladino de Carzay! ¿Y tú?

—Abu-Hass. Pero no te importa. Lo que te importa es saber la pena en que incurre aquel que contempla a la princesa.

—Lo único que sé es la alegría que ello supone. El precio es muy caro, pero en verdad vale la pena.

El Visir ordenó a la guardia que llevaran al detenido a los sótanos, donde aguardaría la hora de su ejecución. El capitán Kahim y Jafar cuidarían de su custodia durante las horas que permaneciera encarcelado.

Cuando Aladino entró en los calabozos, encontró encerrado a su amigo Abdulla, que había sido detenido en la puerta de palacio.

LA EVASION

Después de haber dispuesto el encierro y la muerte de Aladino, el Visir llamó al capitán Kahim para ordenarle que pusiera doble guardia en la puerta del Sultán con objeto de que nadie penetrara en sus habitaciones. La orden era terminante y ni la propia princesa Armina tenía derecho a entrar en ellas.

Cuando la princesa quiso ver a su padre con objeto de pedirle clemencia para el infortunado Aladino, el jefe de la guardia se lo impidió. Ella interpretó esta orden como una prueba de irreductibilidad del Sultán con respecto al castigo que había que infligir a Aladino. En realidad, no era eso. Los planes de los conspiradores exigían esta prudente reserva. La suplantación del Sultán por su hermano había de ser tan perfecta, que ni siquiera la princesa tenía que apercibirse de la metamorfosis. El raro parecido de los dos gemelos facilitaba mucho las cosas.

Ante la rotunda negativa de los guardianes, la princesa visitó al Visir; pero éste no quiso darle ninguna esperanza con referencia a la suerte de Aladino.

Novira, la fiel y bondadosa dama de compañía de la princesa, penetró en el dormitorio de S. A. para inquirir noticias de las gestiones hechas.

—¿Qué ha sucedido, Alteza?

—El Visir me trató muy mal. Y mi padre, el Sultán, no quiso verme. Van a ahorcar a Aladino...

—Pero no lo han hecho todavía. El capitán Kahim le ha llevado a los sótanos.

—¿Y qué podemos hacer por él, Novira?

—Tal vez podamos conseguir salvarle. El capitán Kahim no se cansa de decirme lo bonita que le parezco. Y si...

La buena Novira se dispuso a bajar a los sótanos con objeto de distraer con estudiadas palabras al capitán Kahim y aprovechar su descuido para entregar a Aladino las llaves que le permitieran escapar.

Novira bajó. En aquellos momentos, el capitán Kahim jugaba a los naipes con Jafar. A través de las rejas del calabozo inmediato, el divertido Abdullah contemplaba la partida, atento a las cartas que el capitán manejaba.

—Esa no, ésa no—le decía—. ¿No ves que él necesita ases? Cualquiera zopenco se daría cuenta. ¡Esto de ayudar a los imbéciles!... Déjala, déjala. ¿Para qué la quieres? ¿Para tener peso en la mano? Si me haces caso, te dará la gran paliza.

—¿Quieres callarte, carne de patíbulo?—gritó fuera de sí el capitán.

—No me da la gana. A ningún técnico se le había así. ¿A qué vienen estos fueros? Sólo busco echarle una mano.

—Sí, pero en cambio a mí me dejarás manco—replicó Jafar.

Mientras los dos oficiales jugaban, entró en los sótanos la bella Novira.

El capitán hizo el ademán de levantarse.

—No es preciso que os levantéis, capitán, he venido a ver el monstruo que molestó a la princesa.

—Ahí lo tienes, pequeña. Me dió un poco de guerra, pero al fin conseguí vencerle.

—Sois más valiente que el león.

—¡Bah! Eso es una pequeñez. Haría más por ti.

Tras una pausa, Novira preguntó al capitán:

—¿Qué clase de juego es éste?

—Los bárbaros lo juegan en sus lejanas tierras, Simbad lo aprendió durante sus viajes. Se llama Gin Rummy.

—¿Querrás enseñármelo cuando hayas terminado tu servicio?

—Sí, en cuanto se estire cierta soga — dijo el capitán señalando a Aladino con la mirada —. Te esperaré en el patio dentro de una hora, palomita mía.

—Te aguardaré con ansia creciente.

Novira aprovechó el momento para deslizar en las manos de Aladino las llaves que habían de liberar a los dos.

Mientras Aladino abría sigilosamente la puerta, a través de las rejas, Abdullah iba dando consejos de juego al capitán.

—Esta carta no. ¡Esa! ¡Esa es! ¡Ponla! Es una gran jugada. — ¡Calla!

—Lo ves, No ganarás nunca. ¿Para qué quieres esta carta? Coge otra. Deja el seis.

—Largo de aquí. ¿No he dicho que te largues?

—¡Vete al diablo! — continuó Jafar.

Como si obedecieran la orden que les daban los oficiales, Abdullah y Aladino se escaparon, mientras el capitán perdía la partida.

—Tiene la culpa ese — dijo el capitán, volviéndose hacia el lugar donde se hallaba Abdullah —.

Pero Abdullah y Aladino ya habían desaparecido. Kahim y Jafar se levantaron y se pusieron a dar órdenes, a grandes voces, con objeto de que la guardia saliese en busca de los fugitivos.

Entretanto, Abdullah y Aladino habían llegado al jardín, donde Novira les aguardaba.

—Hay dos caballos al pie de la muralla — les dijo.

—No olvidaré esta ayuda mientras viva.

El capitán Jafar y los soldados de la guardia, montaron en sus caballos y salieron a la persecución de Abdullah y Aladino.

La persecución, a través de una ruta difícil, fué emocionante. Los guardias iban a la zaga de los fugitivos. Parecía que iban a alcanzarlos. Pero en uno de los recodos del camino, Abdullah y Aladino saltaron de los caballos, y les hicieron continuar al

trote, para desorientar a sus perseguidores, mientras ellos se refugiaban en la boca de una cueva.

—¡De buena nos hemos librado!

Pero, ¿qué hacer? No era posible salir otra vez al camino, porque los guardias estarían al acecho, y optaron por descender hacia el fondo de la gruta. Allí estarían hasta que hubiese pasado el peligro.

LA LAMPARA MARAVILLOSA

Pero, de pronto, les apareció en la cueva un hombre viejo con una fina barba y con ojos de iluminado. El viejo se acercó a los muchachos:

—¿Aladino de Carzay?—le preguntó identificándole.

—Sí—respondió Aladino extrañado—. Y tú, ¿quién eres?

—Soy Kefir el hechicero. Di, Aladino ¿por qué persigues a la princesa?

—¿Cómo lo sabes?

—Kefir sabe muchas cosas. Si deseas ver de nuevo a la princesa sigue el camino que yo te señale. Contempla este cristal. Te revelará muchas cosas. Cuando estés ante él, el tiempo y la distancia se desvanecen. Mira.

En un cristal mal recortado, apareció la figura de la bella princesa. Estaba llorando.

—¡Armina!—gritó Aladino.

—El crimen y la traición—repuso Kefir—te amenazan. La maldad se cierne sobre el palacio del Sultán, pero la princesa no llora por eso; llora por ti.

—¿Volveré a verla?

—Lograrás más. Si sigues mis consejos ella será tu esposa.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—No acabas de contemplar este amargo lianto por tí. Este cristal jamás engaña. ¿Acaso te parece que yo miento?

Abdullah, admirado por el misterioso cristal, comentó irónico:

—Eso es un anticipo de la televisión.

—Y para casarme con ella — preguntó Aladino — ¿qué tengo que hacer?

—En esta misma montaña hay un mágico poder por el que todo es posible. Pero quien lo desee, deberá poseer el calor de la juventud, virtud que ni ese cristal puede darme a mí. Es un intento tan peligroso que helaría la sangre en las venas del cobarde.

—Pues, estas son mis venas, las de cobarde — dijo Abdullah muerto de miedo —. Vámonos, Aladino.

—¿Dónde está el mágico poder? — preguntó éste.

—Pues ahí. Miralo.

Y Kefir le mostró una lámpara maravillosa que se reflejaba en el cristal.

—Si es una simple lámpara...

—Sí, pero bastante más poderosa que todas las fuerzas de la naturaleza. Tanto, que aun siendo tú hijo de padres humildes, la princesa te amará y será tuya para siempre.

—¿Dónde encontraremos esta lámpara? — preguntó Aladino, asombrado y lleno de esperanza.

—Sígueme. Pero antes os daré un consejo. La gruta está llena de extraños y grandes peligros. Id con mucho cuidado.

—Bien. ¿Y en qué sitio se halla la lámpara maravillosa?

Sobre un saliente de la roca, al final de la última galería. No lo olvidéis. Un ligero descuido podría costaros la vida.

Aladino y Abdullah siguieron por los misteriosos y oscuros vericuetos que Kefir les había indicado. Abdullah, de un temperamento tan alegre y optimista, estaba muerto de miedo. En cuanto se alejaba unos pasos de Aladino, le llamaba desafortunadamente. Aladino le animaba a seguir adelante, porque lo que quería era llegar al final.

De repente, se percibió un fuerte soplo. Abdullah se estremeció.

—No hagas caso — dijo Aladino para tranquilizarle —. Será alguna corriente de aire subterráneo.

—Pues, juraría que tenía aliento humano. Tengo la impresión de que alguien nos observa.

—Ninguna persona humana podría vivir aquí — repuso Aladino.

Pero Abdullah insistía en sus comentarios. Y, en verdad, él estaba en lo cierto. En la gruta había alguien que les seguía y les observaba. De pronto, por uno de los boquetes asomó el rostro de un gigante con diabólico aspecto. Sólo Abdullah pudo verle.

—¡Mira! ¡Una cara monstruosa!

La aparición fué tan rápida, que cuando Aladino se volvió ya se había desvanecido.

Aladino quiso tranquilizar a Abdullah, y prosiguió su marcha.

—¡Allí está la lámpara! — gritó con aire de triunfo —. ¿No te lo decía? La lámpara. Voy por ella. Tú espérame aquí.

En el fondo de la cueva, encima de unas rocas, había una lámpara maravillosa. Aladino se acercó a ella y tuvo tiempo de cogerla. Instantes después se presentaba el gigante, quien, con una risa sonora y escalofriante, que se amplificaba aun más con el profundo silencio de la cueva, atemorizó a los dos amigos. Luego, con potente voz el gigante les increpó:

—¡Fuera! ¡Fuera de ahí! ¡Salid!

Pero Aladino y Abdullah no encontraban la salida. En su desesperada busca, se oyó la voz de Kefir, el hechicero. Cuando los muchachos se disponían a acercarse al lugar de donde procedía la misteriosa voz, se encontraron sin poder salir.

Kefir les preguntó si tenían la lámpara. Aladino respondió afirmativamente y rogó a Kefir que les sacara de allí.

—Cada cosa a su tiempo. Antes, pásame la lámpara por la rendija.

Aladino vaciló en hacerlo, por lo que Kefir tuvo que insistir en su ruego. El muchacho temía que, una vez se la hubiera dado al viejo, éste les dejaría encerrados.

—¿Conque no te fías de mí?—dijo Kefir—. ¿Por qué he de compartir la lámpara contigo? Después de esperar por ella tantos años, puedo aguardar muy bien un poco más. Puesto que no me la dáis, quedaos aquí a morir de hambre.

—Ya temía yo que ese viejo nos engañaría—exclamó Abdullah.

Y se puso a gritar como un loco y a pronunciar frases extrañas para que la roca se abriera, como si él tuviese la facultad de trastornarlo todo.

Pero fué Aladino quien tuvo la gran idea. Puesto que la lámpara era prodigiosa, bien podía esperarse de ella el milagro.

De repente, Aladino oyó una voz de mujer, una voz que parecía proceder de la pequeña lámpara.

—¿Has oído Abdullah?

—¿Qué?

—Una voz de mujer.

—Estoy en la lámpara—dijo la misteriosa voz—. ¿Deseáis salir de aquí? Frota un poco la lámpara. Si lo haces podré darte cuanto desees.

—¿Quién eres tú?—preguntó Aladino admirado.

—Soy Babs, la esclava de la lámpara de Nador. Soy un Genio.

Abdullah estaba asombrado al oír que Aladino hablaba solo. Pero únicamente éste podía ver y oír a Babs, porque era el quien poseía la lámpara. Por este hecho, Babs le consideraba y le llamaba «amo» y podía concederle cuanto Aladino ambicionara.

Lo que en aquellos momentos ambicionaban los dos amigos era salir del encierro. Así se lo dijo Aladino al hada misteriosa, que, transformada en mujer, se hallaba a su lado.

LA SEGUNDA EVASION DE ALADINO

Babs levantó los brazos, y segundos después Aladino y Abdullah se encontraban libres, fuera de la cueva. Los dos amigos quedaron perplejos y admirados ante la maravillosa transformación que se había operado. Babs, que les acompañaba sin ser vista ni oída más que por Aladino, seguía hablando. Abdullah se restregaba los ojos al darse cuenta de que su amigo mantenía una conversación con otra persona.

—¿Con quién hablas?

—Con una doncella. Pero tú no puedes verla.

—¿No padecerás alucinaciones?

—No, Abdullah. Sólo el dueño de la lámpara puede tener este privilegio.

Pero Abdullah no lo creía, porque era de los que consideraban que hay que ver para creer. Y temía que su amigo se hubiese vuelto loco. Aladino trataba de convencerle con buenos argumentos:

—¿Quién, si no ella, nos ha librado del encierro? Puede hacer más todavía. Nos concederá cuanto le pidamos.

Abdullah, escéptico todavía respecto a las posibilidades de la lámpara, sugirió lo que su estómago reclamaba ya:

—Dile a la muchacha que nos arregle un gran banquete, una mesa llena de ricos manjares y buen vino. Quiero sopa, una buena compota caliente, una langosta...

—Puesto que queréis una buena comida, la tendréis—anunció Babs.

Y desplegando suavemente los brazos, hizo que en un instante apareciesen en el suelo, pero bajo ricos manteles, toda clase de apetitosos manjares.

A los dos amigos todo aquello se les antojaba un sueño. Pero viendo que el sueño era realidad, comieron con un gran apetito.

Pero Aladino no parecía estar saciado en sus afanes. Quería obtener algo que juzgaba, y que era para él, más importante: volver a ver a la Princesa Armina y casarse luego con ella. Así se lo pidió a Babs. Pero Babs era también mujer, y Aladino le había inspirado una gran simpatía, por lo que se resistió un poco a dar satisfacción a sus deseos.

—¿No me dijiste que harías cuanto te ordenara yo?—inquirió Aladino.

—No tengo otro remedio, quiera o no. Pero yo conseguiré sólo darte cosas materiales: dinero, esclavos, palacios. En cuestiones de amor es imposible, porque la lámpara no concede ningún dominio sobre los corazones. Ni siquiera puede controlar el mío... Desde luego, podría lograr introducirte en Palacio, con todo el esplendor que luciría un Príncipe, pero, ¿no crees Aladino, que es mejor no abandonar a los de tu clase?

Aladino no quería renunciar, por nada, a la Princesa, y así se lo dijo a Babs y a su amigo Abdullah.

—¿A palacio quieres ir?—exclamó éste—. Allí te esperan o nos esperan para ahorcarnos. Aladino, no hagas locuras. Por favor, Genio, impídelo.

—No temas, Abdullah—dijo Aladino para tranquilizarle—. En cuanto Babs haya completado su obra, ni la propia Princesa podrá reconocerte.

—Bien—concluyó Babs—. Estoy dispuesta a complacerte. Pero

antes he de hacerte una advertencia de gran importancia: Mucho cuidado con la lámpara. No la pierdas, ni dejes que nadie la toque. Si alguien lo hiciera, todo cuanto la lámpara te habría dado se esfumaría en el acto, y tú volverías a tu antiguo estado de cantor callejero. Y yo... yo no quisiera tener que separarme de tu lado.

—No temas, Babs. ¡

—Entonces te proporcionaré cuanto necesites. Mira,

ALADINO, PRINCIPE ORIENTAL

Y levantando nuevamente los brazos, Babs transformó al vagabundo Aladino en un príncipe oriental, y a Abdullah en un ilustre personaje. Los dos se encontraron súbitamente montados en briosos corceles. Babs hizo más. Con su mágico poder, creó de la nada una suntuosa caravana con brillante séquito y gran número de ceremoniosos esclavos que llevaban en ricos cofres unos espléndidos regalos para el Sultán y S. A. la Princesa.

—Desde ahora tendrás un nuevo nombre—dijo Babs—. Ya no serás Aladino de Carzay, sino An-Lu-Shan, el Príncipe del Indostán.

Pronunciadas estas palabras, la regia caravana se puso ceremoniosamente en marcha. La pequeña Babs iba acompañando a Aladino en su propio caballo, sin ser vista más que por el nuevo Príncipe.

Al llegar a la mitad del camino se les presentó un correo, cuyo jefe se dirigió a Aladino y le dijo:

—Esperamos vuestras órdenes, poderoso Príncipe.

—Marchad inmediatamente a Palacio—ordenó Aladino—y comunicad al Sultán que An-Lu-Shan, el Príncipe del Indostán lle-



Aprovechando la confusión, Aladino penetra en el interior de la litera.



Aladino suplicó a la princesa Armina que le enseñara su bello rostro, cubierto por un tupido velo.



De pronto, en la cueva se les apareció el hechicero Keif, que arbolaba una antorcha encendida.



Después de su primer encuentro con Aladino, la princesa muestra su alegría a su padre, el Sultán.



Mientras Abdullah discute a los guardias, Aladino escapa de la prisión.



Abdullah y Aladino descubren en el fondo de la gruta la lámpara maravillosa.



De repente, Aladino se encuentra ricamente vestido y montado en brioso y engalanado corcel.



El hada gentil les ofrece, por arte mágico, una improvisada mesa con ricos manjares.



El Sultán Hadji y el visir Hassan dan la bienvenida a Aladino, convertido en príncipe oriental.



Abdullah y Aladino convertidos en nobles personajes.



Le sentaron a la diestra
de la bella princesa



La princesa Arminia re-
conoce, al fin, a su amado
Aladino.



Por orden del vizir fue suspendida la ejecución.



Abdullah se admira, ante Aladino, de su nueva y rica indumentaria.



El vizir Hassan dispone que Aladino y Abdallah sean liberados, a condición de abandonar la ciudad.



Mientras Abdallah distrae al sastre, Aladino le sustrae la lámpara maravillosa.

gará con valiosos presentes para él y para su hija la Princesa Armina, y que tendrá el alto honor de pedirle la mano de ésta.

La caravana prosiguió su camino hasta alcanzar el Palacio del Sultán. La llegada fué solemne: Unos heraldos le anunciaron con sus trompetas como correspondía al regio visitante.

La Princesa Armina supo por su fiel camareta Novira que de un momento a otro era esperado en Palacio un Príncipe indostánico que iba a pedir su mano.

Pero la Princesa estaba enamorada de Aladino y la noticia que le trajo Novira la preocupó grandemente, pues no desconocía el hecho de que si su matrimonio con el Príncipe era necesario, el Sultán no dudaría en que se llevara a cabo. La Princesa sólo quería casarse por amor, y por esa razón y ante la llegada inminente del Príncipe An-Lu-Shan, tomó una resolución que consideraba irrevocable: negarse a verle.

—El Príncipe se ofendería, Alteza—repuso Novira—. He oído decir que trae magníficos regalos para vos y para el Sultán, joyas que ciegan con su fulgor.

—Será para conquistar mi simpatía y luego mi cariño. Pero no ha de conseguirlo.

—De todos modos, Alteza, algún día tendréis que contraer matrimonio.

—No será sin estar enamorada. Es a Aladino al único a quien quiero y a quien he de querer. Pero... ya no le volveré a ver. Sería preciso que se produjese un milagro.

La llegada de la suntuosa caravana al Palacio del Sultán fué solemne y aparatosa. Su Majestad había dado órdenes para que el Príncipe indostánico fuese recibido con todos los honores. En sus maquiavélicos planes entraba el de casar a su hija Armina con un hombre que pudiera engrandecer su propio imperio. El Sultán salió a recibirle en el zaguán de su Palacio:

—Tres veces bien venido, noble An-Lu-Shan. Estoy seguro de que tus regalos serán un placer para mis ojos. Es un honor para mí recibirlos de vuestras manos y teneros como huésped.

Ya es sabido que el Sultán que recibía a Aladino no era otro que el Príncipe Hadji, que había suplantado, valiéndose de una traición, a su hermano gemelo, Babs, que acompañaba a Aladino, y que no era vista ni oída más que por él, tuvo el presentimiento de que aquel hombre era un impostor, y quiso prevenir de ello al improvisado An-Lu-Shan, para que tomara sus precauciones:

—Cuidado con el Sultán. No te fíes—le dijo al oído.

Aladino agradeció en lo que valía la saludable advertencia de Babs, pero las constantes intervenciones del Genio le molestaban grandemente, porque le impedían estar atento a cuanto le iba diciendo el Sultán. Si la voz de la pequeña Babs no era oída por los demás, ni su presencia podía ser advertida por nadie, era evidente que la voz de Aladino al replicarle había de ser escuchada y oída por todos.

—Vete de aquí, Babs—decía al Hada.

—¿Qué dices, mi querido e ilustre huésped?—le preguntó, amable, el Sultán.

—Decía que gozáis de mucha tranquilidad y bienestar aquí.

—Sí, es un palacio tranquilo y maravilloso en todos los órdenes. El ala derecha del edificio ha sido dispuesta para ti y para tu séquito, Alteza. Agradecemos tu visita que tanto nos honra y nos complace. Y es una satisfacción para mí la de decirte que en la cena de esta noche S. A. la Princesa Armina se colocará a nuestro lado.

—Ansío contemplar otra vez la belleza de vuestra hija.

—¿Acaso la habéis visto ya?

—Siempre se puede soñar—dijo Aladino para disimular.

—Capitán—exclamó el Sultán dirigiéndose a Kahim—: Conduce a nuestro ilustre huésped a sus habitaciones y procura que quede satisfecho en todos sus deseos.

La llegada del Príncipe produjo un incontestable descontento en el ambicioso Visir Hassan, quien, al saber que el huésped del Sultán iba a casarse con la Princesa Armina, se dispuso a expresar su

cólera al propio Sultán. Y se dirigió a su cámara privada. Hassan le expuso sin ambages todo cuanto pensaba de aquella visita intempestiva.

—¿No me prometiste que me casaría con la Princesa?—le abordó directamente.

El Sultán, que era muy cínico, le respondió con evidente tranquilidad de espíritu:

—Es verdad, pero he cambiado de parecer. Eso es cosa de personas inteligentes.

—Debí imaginar que sólo cumplís las promesas que os convienen...

—En efecto, Visir. Y ahora me conviene un yerno que tenga la bolsa repleta, que pueda aumentar el patrimonio de nuestra casa.

—¿No os convendría acaso también que yo le dijera al Príncipe que vos no sois el Sultán?

—¿Olvidas, tal vez, que soy poderoso?

—¿Y vos no olvidáis lo que yo sé?

—No prosigas, Hassan, porque es inútil. Además me vería precisado, muy a pesar mío, a cortarte la lengua de raíz. Es el castigo que merecen los que osan replicarme o quienes se atreven a desbaratar mis planes.

El Sultán cerró así el diálogo con el Visir. Y se dispuso a asistir a la cena que había organizado en honor del Príncipe An-Lu-Shan.

Horas después tenía lugar en el rutilante y maravilloso comedor del Sultán el gran banquete con que S. A. obsequiaba al ilustre huésped y a su brillante séquito. La comida fué en todos sentidos esplendorosa. Fueron servidos exquisitos manjares por rígidos y ceremoniosos camareros de Palacio. Todo era lujoso, severo y lleno de majestad. Por la escalinata de mármol aparecieron las bellas y exóticas danzarinas del harem que evolucionaron durante la cena ante los distinguidos comensales.

—Espero que nuestras danzarinas merezcan vuestra aprobación y vuestro aplauso.

—Son excelentes, Majestad.

Pero la atención de Aladino iba enteramente consagrada a la

bella Princesa, que tenía a su lado. Cuando Armina vió entrar al Príncipe en su Palacio no le reconoció como al cantor Aladino. Pero durante la cena, al observar sus facciones y sus gestos y al oír el timbre de su voz, no pudo contenerse de exclamar:

—Es extraordinario. Yo diría que nos conocimos ya.

—Asombroso, Alteza. Yo tengo la misma impresión.

—Tal vez me recordáis una persona que haya conocido antes.

—No me complacería mucho, Alteza, y os pido perdón por lo dicho. Pero todo hombre cree y quiere ser el único con su personalidad.

—Perdonadme a mí, Alteza, si insisto en miraros.

Babs, presente al lado de Aladino, pero invisible para todos los demás, exclamó indignada:

—¿Para esto he utilizado yo mi mágico poder?

—¡Calla!—exclamó Aladino.

—¿Cómo? Si no hablo, Príncipe—repuso, extrañada, la Princesa.

—Se lo decía a mi impaciente corazón.

Y dirigiéndose de nuevo a Babs, añadió:

—En cuanto te vea a solas...

—¿Cómo decíais, mi señor?

—Decía que estoy impaciente de veros a solas. Pero acaso preferiríais hallaros con otra persona.

—Mis gustos personales—contestó la Princesa—no tienen importancia alguna.

—La tienen para mí y mucho más de lo que imagináis. Jamás me casaría con una mujer que no me quisiera. Pero, ¿qué encontraréis de malo en mí como esposo?

—Nada en absoluto, Alteza. Pero es que no deseo casarme todavía.

—Ah, Princesa. Sospecho que se trata de algo más. Si me lo permitís os diré que presiento que por causa de otro hombre que os ha conquistado por completo, os resistíais a venir esta noche a la cena. ¿Me engaño, quizás?

—Lo lamento, mi Señor—se excusó la Princesa.

—Oh, no, no. Nada de eso. Debéis contraer matrimonio con el maravilloso hombre de vuestros sueños.

Entretanto el divertido Abdullah se entretenía charlando con el Visir, a quien procuraba poner en ridículo. Al ver que llevaba un rico collar, le dijo:

—¿De dónde has sacado esa chatarra?

—Es un magnífico regalo del Sultán, en prueba de agradecimiento, por mis fieles y valiosos servicios.

Abdullah iba mirando detenidamente el collar.

—Celebro que lo admire.

—Me gusta, como me gusta tu turbán. Oye, Visir, ¿conoces el juego de los dados? Te enseñaré a jugar con ellos. Podémos apostar el collar.

La cena terminó, y el Príncipe del Indostán se retiró a sus habitaciones de Palacio, acompañado siempre de la invisible Babs. Aladino estaba radiante de satisfacción, lo que molestaba grandemente al Genio.

—¿Con que eso te satisface, eh?

—Naturalmente, ¿cómo quieres que esté triste? La conducta de la Princesa demuestra que quiere al cantor Aladino, y que no quiere renunciar a su amor ni a cambio de las mayores riquezas del Universo.

—¿Todavía crees en los cuentos infantiles, en los que las Princesas auténticas se enamoran locamente de los vagabundos?

—En este caso, sí. Y estoy dispuesto a revelarles mi verdadera personalidad. Abreme, Babs, las puertas del harem. Te lo suplico. Tengo necesidad de ver a la Princesa ahora mismo.

—Las puertas del harem. Pero, ¿es que no sabes que a los hombres les está vedado entrar?

—Lo sé, pero no ignoro tampoco tu mágico poder. ¿No te sería

posible convertirme en otro ser, lo que me permitiría penetrar en sus habitaciones particulares?

—Desde luego, puedo hacerlo si quiero. Dime; ¿en qué quieres que te convierta: en una guapa doncella o en una hábil modista?

—¿Yo con faldas? ¿No se te ocurre una idea mejor? ¿Y si me convirtieras en un pajarito? Pero, no; no me gusta la idea, porque a lo mejor se me comería un gato. ¿No podríamos elegir otro animal?

—Claro que sí. Podría convertirte en un borreguito, pero eso no tendría ningún mérito, porque cualquier mujer sería capaz de hacerlo.

—Haz lo que te apetezca, no me importa; pero, por favor, permítame que entre en el harem.

—De acuerdo. Tú lo has pedido y ahí lo tienes. Supongo que no te faltará ningún detalle.

Y con su extraordinario poder de transformación y de creación, Babs convirtió a Aladino en un perrito faldero. Transformado así, Aladino se presentó en el harem. En aquel momento, la Princesa estaba en compañía de su fiel doncella Novira.

—¿Queréis que os acompañe esta noche al jardín, Alteza?

—No. Quiero ir sola. Allí vi por última vez a Aladino.

Poco podía sospechar la Princesa que Aladino, convertido en perro, se encontraba tan cerca de ella. Este se acercó a la Princesa como si quisiera expresarle su agradecimiento.

—Pero, ¿de dónde ha salido este perrito?—preguntó intrigada la Princesa.

—No creo que sea de Palacio, Alteza. Nunca lo he visto. Debe pertenecer al Príncipe An-Lu-Shan.

—¿Al Príncipe?—Y mirando al perrito, la Princesa exclamó: —Si pudieras decir a tu amo que no será nunca dueño de mi corazón, que éste está enteramente consagrado a Aladino—. El perro meneó vivamente la cola.

La Princesa se dirigió a su cámara para tomar un baño y el perro —Aladino— volvió a sus habitaciones. Allí estaba su amigo Abdullah, que volvía de jugar a los dados con el Visir Hássari; y se probaba el collar que le había ganado. Ante el espejo se decía:

—Gracias, chicos. Somos el trío de la suerte. Fieles servicios, ¿eh?, granuja de Visir. De todos modos—dijo refiriéndose al collar—, me sienta mejor a mí que a su imbécil ex propietario.

El perrito le estaba observando. Poseído de la facultad de hablar, no pudo contenerse de decir a su amigo Abdullah:

—Robando otra vez, ¿eh?

—Ni mucho menos. Tiré mis dados con entera limpieza. Por esa vez no he hecho trampas, ni me hacía ninguna falta porque a la... ¡Eh, Aladino! Pero, ¿dónde estás?

El perrito seguía su conversación, tranquilamente, sin darse a conocer a Abdullah.

—¿No me dijiste que emplomarías los dados?

—¿Que yo lo dije? No creí estar tan borracho. Y ahora tampoco creo estarlo y, sin embargo, te oigo y no te veo. ¿No te habrás convertido en algún fantasma?

Aladino, a quien no era nada agradable ni nada cómoda su nueva situación de animal doméstico, pidió a su inseparable Babs que volviese a darle su estado normal.

—Es necesario que vuelva a ser persona. Es preciso, es urgente, que hable a la Princesa.

—Pues yo quisiera retorcerle el cuello—contestó Babs.

—¿Por qué tienes tan mal humor, Babs? Esta noche no me harás ninguna falta. Verás cómo no fracasaré. No puedo fracasar porque hablarán nuestros corazones. La Princesa sólo me quiere a mí. ¿No me deseas mucha suerte, pequeña Babs?

—No, Aladino; no podría. Hay algo más del amor que tú no has aprendido todavía: que no es divertido perder.

Pero Babs no era rencorosa y, sin ninguna esperanza de verse correspondida por Aladino, le convirtió otra vez en lo que era: en el Príncipe An-Lu-Shan.

Aladino corrió hacia el jardín de Palacio, donde sabía se hallaba la Princesa. Una vez allí entonó una de sus bellas canciones orientales.

—¡Aladino!—exclamó la Princesa con inequívoco acento de enamorada.

—¿Te era necesaria esta canción para reconocermé?

—No acierto a explicarme lo ocurrido. Me enamoré de un vagabundo cantor y de pronto se convierte en un apuesto Príncipe: ¿Qué significa esto, Aladino?

—Significa que cuando uno está enamorado todo es posible.

—Ya lo voy comprendiendo. Tú fuiste siempre el Príncipe An-Lu-Shan, pero para cortejarme y para estar seguro de mi amor, te fingiste un vagabundo.

—¿Acaso importa mucho quién sea yo?

—No me importa en absoluto, Aladino, porque te querré lo mismo seas quien seas.

—¿Te casarías conmigo?

—Sí, me casaré contigo. Deja que vaya a comunicarlo a mi padre, el Sultán, para que la boda no se difiera.

Entretanto, Babs seguía torturando a Aladino. En cuanto la Princesa se marchó del jardín, le dijo:

—Ya he oído lo que decías a la Princesa; que te casarás con ella. Pero será sobre mi cadáver.

—Si no te portas como es debido, no te invitaré a la boda. ¿Qué piensas hacer para impedir la boda?

—No lo he determinado todavía. Eso quedará secreto. Pero no dudes de que he de impedirlo.

Loco de alegría y de esperanza, Aladino se dirigió a sus habitaciones. Allí se encontraba su fiel amigo Abdullah, quien, al verle tan contento, no pudo menos que exclamar:

—Oye, ¿no es demasiada alegría para un hombre amenazado de boda?

—Oh, no—respondió Aladino—. El matrimonio es algo maravilloso. Tú también deberías buscar novia, Abdullah.

—¿Quién? ¿Yo? Prefiero seguir buscando collares y bolsas con oro, si es que no te importa que lo haga... Con esa elegancia no me extraña que la Princesa se haya enamorado de ti. Tienes un aspecto magnífico. Quién diría que eres el cantor Aladino...

—Babs acertó con ese traje, ¿verdad?

—Sí, ¿Y, Babs, la pequeña Babs? ¿Dónde se ha metido? ¿Sigue aún tan enamorada de ti?

—Sí, y eso es lo único que me tiene preocupado. Si pudiera conseguir que se enamorara de algún otro que...

—Oye, Aladino, ¿por qué me miras así?

—Se me ha ocurrido una gran idea.

—Oh, no, amigo mío, no. No cuentes conmigo para eso. A mí me gusta ver a mis novias. Verlas y oírlas. Babs es invisible. Ni sé la cara que tiene.

—No está ahí lo malo, Abdulla; lo malo está en que ella te vea a ti.

En aquel momento entró Novira en la cámara que ocupaba Aladino para advertirle que se hacían ya los preparativos para su boda con la Princesa. Los celos de Aladino eran justificados respecto a las reacciones de Babs. Babs estaba enamorada de él y no consentiría que el flamante Príncipe se casara con la Princesa. «No lo toleraré—se había dicho ella—. Ese matrimonio lo deshago yo aunque sea a arañazos.» Su mágico poder le serviría esta vez para algo, como de tanto había servido para el cantor Aladino. La lámpara maravillosa sería la clave. Si pudiera ir a otras manos, Aladino se vería despojado de su condición de Príncipe para volver a ser lo que antes era.

EN BUSCA DE LA LAMPARA

Cuando el viejo hechicero Kefir se dió cuenta de que Aladino y Abdullah habían conseguido escapar de la cueva misteriosa, se juró dar con ellos y arrebatárles la lámpara maravillosa. Para ello se dirigió a la ciudad y se dispuso a recuperarla, fuese como fuese. Se le ocurrió una idea luminosa: la de ofrecer el cambio de una lámpara vieja por una de nueva. Las gentes no vacilarían en trocárselas, ya que habían de beneficiarse de ello. Y Kefir se dispuso a recorrer las calles gritando:

—¡Cambio lámparas nuevas por viejas!

En su incursión a través de la ciudad, el viejo hechicero pasó por delante de Palacio, lanzando sus gritos de vendedor de lámparas.

—¡Lámparas nuevas por viejas! ¡La ganga del siglo! ¡Un verdadero negocio! ¡Quién quiere cambiar una lámpara vieja por una de nueva?

Mientras el viejo iba gritando su proposición, Novira estaba poniendo las cosas de Palacio en orden. Encima de una mesa de la habitación del Príncipe An-Lu-Shan se hallaba la lámpara maravillosa. Fué entonces cuando apareció Babs, dispuesta a llamar la atención a Novira, y conseguir que ésta diera la lámpara mara-

villosa a Kefir. «Le avisé y no me hizo caso—se dijo Babs refiriéndose a Aladino, jamás se casará con la Princesa. ¡Jamás! Yo impediré la boda.»

Babs trató de fijar la atención de Novira en la lámpara que tenía a su lado.

—¿No oyes lo que dice el mercader?

Pero Novira, que no era la dueña de la lámpara, no oía, por esta razón, las tentadoras palabras de Babs. Y seguía impassible en su trabajo cotidiano.

—¡Tirasela al mercader!—insistía Babs.

—¡Lámparas nuevas por viejas!—repetía Kefir. Y volvía a su monótono cantar.

Viendo que Novira no le hacía el menor caso, Babs dejó caer la lámpara de la mesa. Novira, segura de que involuntariamente le había dado un pequeño golpe, la recogió del suelo. Insistió Babs por dos veces más, pero Novira seguía indiferente. Finalmente, ante la insistencia del hechicero, se asomó a la ventana, miró al viejo Kefir y le gritó:

—Oiga, abuelo. Ahí tiene una lámpara vieja.

Kefir la recogió y le dió una de nueva, conforme había prometido.

La lámpara maravillosa volvía a ser de Kefir.

INUSITADA TRANSFORMACION

El Salón del Trono de Palacio aparecía resplandeciente. Se iba a efectuar la ceremonia solemne de la boda de la Princesa y del Príncipe de Indostán. Los contrayentes, sus séquitos y los invitados se hallaban ya en presencia del Sultán. Cuando éste se disponía a declarar abierta la histórita ceremonia, y cuando los novios consideraban realizados ya sus sueños de amor, el Príncipe An-Lu-Shan, que iba ricamente vestido, se convirtió por inexplicable arte de magia en el vagabundo cantor. Sus ropas de seda se trocaron en las ropas humildes que antes había llevado.

—¿Qué significa esa farsa?—gritó indignado el Sultán.

—Nos han traicionado—exclamó Abdullah, que de ilustre personaje se convirtió en lo que había sido.

—Exija una explicación inmediata—exclamó el Sultán.

El Visir, rebotando satisfacción por el fracaso de la ceremonia, reconoció a Aladino:

—No es ningún Príncipe. Es el vagabundo Aladino de Carzay.

—Y ese otro es un ladrón vulgar—dijo Jafar señalando a Abdullah.

—Vulgar, no. ¡Uno de los mejores!

—¡Prendedlos!—ordenó el Sultán Hadji.

—¡Atadlos bien! Impostores.

—Llevedles al patio y colgadlos inmediatamente.

—Así lo haremos, Alteza.

—Estos hombres se dedican a la magia negra. Deben morir.

—Padre, padre...—suplicaba ardentemente la desventurada Princesa que veía deshecho su sueño.

—Vuelve a tus habitaciones, Armira.

Armira volvió a sus habitaciones. El sultán se reintegró a las suyas, seguido del Visir Hassan. A solas los dos, éste exclamó:

—Justo castigo por faltar a tu promesa de casarme con tu hija.

—Renuevo ahora mi compromiso. Cásate con ella, si es que no te rechaza.

—Si no me rechaza la Princesa decís. ¿Entonces, puedo convertirla a mi manera?

—Haz lo que quieras.

El Visir se retiró a su cámara, dispuesto a llevar a la práctica el plan que había concebido. Sabía el Visir que la Princesa acudiría a verle con objeto de pedir clemencia para su enamorado en trance de morir ahorcado. En efecto, el astuto Hassan no se había equivocado en su pronóstico. Pocos momentos después la Princesa se introducía en su habitación.

—Esta visita es para mí un honor, Alteza...—le dijo con manifiesta ironía y con una sonrisa socarrona.

—Un honor quizás, pero no una sorpresa, Visir. Ya sabéis a lo que vengo.

—No lo sé, pero lo sospecho. No es preciso que me lo digáis, y anticipándome a lo que sin duda me pediréis, he de deciros que estoy dispuesto a ayudar a ese hombre. Aladino quedará libre. Pero, para ello precisa una condición que está de vuestra mano: Prometedme que luego os casaréis conmigo.

La Princesa hizo un gesto visible de contrariedad, ante lo cual el Visir le dijo:

—¿Tanto os sorprende, Alteza que ose levantar mi vista hasta quien está muy por encima de mi clase? ¿O es que ese privilegio está únicamente reservado a los vagabundos?

—Yo no me casaré jamás contigo, Visir.

—Es una pena, porque en este caso Aladino morirá en la horca.

—Di a los verdugos que se detengan, Te lo suplico, Hassan.

—Depende de vos, mi Señora: Si es cierto que le amáis como decís, no podéis dudar ni un instante.

La Princesa vaciló mucho antes de dar una respuesta que había de torcer su destino, pero ante la posibilidad de salvar a su amado de una muerte cierta, accedió al fin, aun cuando su corazón quedara destrozado.

El Visir no tenía bastante con eso y afirmó a la Princesa que no haría nada en favor de Aladino hasta tanto ella le diera su promesa formal de que se casaría con él. Armina le dió su palabra, y fué entonces cuando el Visir Hassan ordenó al capitán Kahim que condujera a los presos en su presencia. Pérfido como era, el Visir quería que fuese la misma Princesa la que comunicara a Aladino el compromiso matrimonial que había contraído con él. Eso, a la Princesa, le parecía demasiado duro:

—Tenéis mi palabra. ¿No os parece suficiente o es que dudáis de mí?

—Si habéis de ser mi esposa, como yo deseo, ese hombre debe olvidaros por completo. Vos seréis quien le informará de nuestro próximo enlace matrimonial.

En aquellos momentos, los verdugos habían alzado el patíbulo dispuestos a la ejecución de Aladino y de su amigo Abdullah. Todo estaba preparado y los dos infortunados se hallaban atados y tenían puesta la soga al cuello.

Cuando ya todo parecía irremediable, se presentó el capitán Kahim en el patio y ordenó que la ejecución fuese suspendida y que los condenados fuesen llevados ante la Princesa y el Visir.

Aladino tuvo, además de la alegría que representaba verse liberado de una muerte segura, la que suponía el gesto de la Princesa. Cuando se encontró ante ella, no pudo evitar exclamar:

—¡Armina, Armina! Creí que...

—¡Silencio!—ordenó, imperativo, el Visir Hassan—. Su Alteza tiene algo muy importante que decirte.

Haciendo un inimaginable esfuerzo, la Princesa dijo secamente a Aladino que había sido ella quien le había llamado para decirle que su padre, el Sultán, le concedía la libertad.

—¿Por mediación tuya?—preguntó Aladino.

—No. Una vez cometí la torpeza de aceptarte como igual, pero la locura ha terminado como debía terminar. Si intentas verme de nuevo te entregará personalmente a la guardia, y entonces no habrá misericordia para ti.

Aladino, que creía verdaderamente en el amor sincero de la Princesa, consideró que era el Visir quien la obligaba a pronunciar tan tajantes palabras, y así se lo dijo llanamente. Pero el Visir, que, visiblemente nervioso, deseaba cortar cuanto antes la incómoda escena, respondió en tono agrio:

—Por lo visto no es nada sencillo convencerte. Comunicádselo vos misma, Alteza.

—Mañana me casaré con el Gran Visir.

Y sin dar tiempo a que Aladino reaccionara, y tratando de disimular su propia emoción, la Princesa ordenó al capitán Kahim:

—Que ambos abandonen la ciudad de madrugada.

Pero su esfuerzo moral había sido tan intenso que la Princesa sintió que sus fuerzas físicas le flaqueaban, y cuando vió que Aladino abandonaba la habitación conducido por la guardia, gritó con voz débil:

—¡Aladino!...

—Lo hicistéis muy bien, Alteza—intervino suave e hipócritamente el Visir—. ¿Por qué estropearlo ahora?

Aladino y Abdullah deambulaban por las calles; uno con manifiesta preocupación, el otro desbordante de alegría por haberse escapado tan milagrosamente de un final trágico.

—¿Por qué no te buscas otra rubia, Aladino, y olvidas de una vez a la Princesa?

Al llegar al mercado, un viejo amigo se les acercó y dijo al ex príncipe An-Lu-Shan:

—Vamos, Aladino, olvida tus penas y cántanos algo.

—Eso, eso—respondieron varias voces a la vez—. Una canción. ¡Canta, Aladino, canta!

Las arcadas del mercado estaban llenas de gente. Aladino, accediendo a sus deseos, entonó una canción oriental que le había hecho famoso entre los mercaderes.

Pero la princesa, a pesar de lo dicho y de lo prometido, no desesperaba de poder casarse con su verdadero amor, rogó a su fiel camarera Novira que corriese en busca de Aladino, quien probablemente se encontraría en los bazares antes de abandonar definitivamente la ciudad, tal como le había sido ordenado por ella misma.

Novira cumplió estrictamente la misión, y al presentarse en el mercado, reconoció en el cantor al amado de la princesa.

—¡Aladino!—gritó al verle—. ¡No he hecho otra cosa que buscarte! La princesa temía que no te hallaras ya en la ciudad.

—Ella me lo ordenó. Íbamos a salir de madrugada, tal como dispuso, en una caravana que se dirigía a la India.

—¿Os marcháis?... ¿Y la princesa?

—¿La princesa? Yo no conozco a ninguna princesa—respondió secamente Aladino, seguro de haber sido víctima de una farsa.

—Escúchame, Aladino. Mi señora no ama al Visir. Si accedió un momento a convertirse en su mujer fué solamente con objeto de salvaros la vida. Y si conseguiste vuestra libertad fué porque el Visir, a cambio de ella, la obligó a comprometerse con él en matrimonio.

Aladino lo comprendió todo, y desvaneció de su cabeza los malos pensamientos que le asediaban y le aformentaban.

—Novira—exclamó—, siempre te agradeceré el bien que me has hecho con tus palabras reconfortantes y sinceras. Si recupero la lámpara, te daré un arca llena de diamantes. Pero para conseguir cuanto ambiciono, es preciso que la lámpara vuelva a mí. La dejé en mis habitaciones del palacio del Sultán.

—¡Oh!—exclamó Novira haciendo memoria de lo ocurrido con el Kefir—. En las habitaciones de palacio... Entonces, es la

que entregó a un buhonero que pasaba por las calles ofreciendo lámparas nuevas por viejas.

—Nuevas por viejas—intervino el astuto Abdullah—. Entonces ya sé quién es: Kefir, el hechicero.

—Hay que encontrarle donde se halle.

—Daos prisa—les rogó inquieta Nevire—. La boda de la princesa con el Visir debe efectuarse después de la segunda llamada a oración.

Aladino y Abdullah se dirigieron a toda prisa hacia la cueva del mago Kefir con la esperanza de encontrarle allí. Pero en el interior de la misteriosa gruta no había rastro del maldito brujo. De pronto, Abdullah se dió cuenta del cristal. En él se reflejaba la taberna donde antes habían estado ellos.

—¿Qué significará eso?—preguntó Abdullah.

—Pronto lo averiguaremos. Hay que ir rápidamente a la taberna. El cristal nos indica que el Kefir se halla allí. Tengo ese presentimiento y ojalá no me falle.

Los dos amigos salieron de la cueva para dirigirse a la taberna. Pero el Kefir no estaba. Aladino se dirigió al propietario para preguntarle si había visto a un viejo de mirada rara y con una nariz puntiaguda.

El propietario comprendió en seguida que Aladino se refería a Kefir, el hechicero.

—¿Dónde está?

—Cuando vino, estaba muy excitado—respondióles.

—Pero, ¿dónde se encuentra ahora?—insistió Aladino impaciente.

—Allá, en el fondo de mi jardín. Le hemos enterrado hace escasamente una hora.

—¿Enterrado?

—Tal como os he dicho, el Kefir se encontraba excitadísimo. No hizo más que entrar en su habitación y sufrir un colapso. Allí dejó de existir minutos después.

—Hará un bonito fantasma—comentó irónico el buen Abdullah.

—¿Sabes si llevaba consigo una lámpara vieja?—inquirió Aladino.

—¿Una lámpara de cobre? Sí, sí, la llevaba. La puso encima de su equipaje.

Aladino respiró, pues creía haber dado con la lámpara maravillosa que le volviera al lado de su amada.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—La di a uno de mis hijos—respondió el tabernero señalando a uno de ellos, que se llamaba Selim.

Selim se encontraba en el fondo de la taberna. Aladino corrió hacia él y le suplicó que le vendiera la lámpara. Pero no era posible, porque el muchacho se la había vendido a un camellero a cambio de unas bolsas de azúcar. El camellero había salido una hora antes de la taberna y se dirigía hacia las rutas del sur.

Aladino y Abdullah, con ánimo de ganar tiempo, se dirigieron apresuradamente, montados a caballo, hacia el camino donde hallarían sin duda al camellero, dueño nuevo de la prodigiosa lámpara.

El camellero, hombre de aspecto simpático y bonachón, avanzaba lentamente por la carretera. No les fué difícil encontrarle, pues marchaba a paso lento. Le pararon y Aladino le preguntó, entre inquieto y confiado:

—¿Eres tú el hombre a quien Selim, el hijo del tabernero del mercado, entregó la lámpara?

—El mismo—contestó el camellero—. Pero... no comprendo el sentido de vuestra pregunta. Me la dió libremente. Se la cambié por unas bolsas llenas de buen azúcar.

—Sí, sí, ya sabemos. Sólo hemos venido aquí para comprarla. Pide precio.

—¿Que pida precio? ¿Por aquel trasto viejo?—preguntó extrañado el buen hombre.

—Es que verás... se trata de un recuerdo de familia que nos interesa mucho a los dos.

—Eso, eso; se trata de un recuerdo de nuestra queridísima abuelita—intervino siempre irónico el gracioso Abdullah. Ella la

ponía en la ventana para alumbrar al abuelo el camino de casa.

—¡Ah! ¿Tu pobre abuelito no veía bien de noche?

—Según el ron que llevaba dentro...—dijo Abdullah sin perder el humor.

—¡Oh!, me conmovéis profundamente, amigos. ¡Qué gran placer poder devolveros este inapreciable recuerdo!

—El placer será nuestro—contestó Aladino.

—Lo creo, lo creo, porque el caso es que habéis tropezado conmigo, que soy un sentimental. Y, desde luego, también tuve abuela en mis buenos tiempos. Era una mujer excelente.

El camellero se puso muy triste. No tenía ninguna prisa y estaba dispuesto a contarles toda su historia. Pero Aladino y Abdullah estaban impacientes por recobrar la lámpara maravillosa. La necesitaban con urgencia, pues Novira les había indicado que la boda entre la princesa y el Gran Visir Hasan tendría efecto pocas horas después; había que impedirlo, y para ello les precisaba la lámpara.

—Pero... ¿y la lámpara?—inquirió Aladino, que ya iba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

El camellero, indiferente a la angustia de Aladino, seguía en sus evocaciones sentimentales.

—Cuando yo era muy chiquito, muy chiquito, mi abuelita solía colocarme en su regazo y me bañaba con oleosas esencias y perfumes. Fue una mujer guapísima y tenía una voz magnífica. Siempre me cantaba, al irme a dormir, una de sus canciones.

Y el buen camellero se puso a cantar la canción con que su abuelita le hacía dormir. Afortunadamente, carraspeó y tuvo que escupir. Eso interrumpió la canción, que no llevaba traza de terminar, porque el buen hombre la cantaba muy lentamente.

—¡Puaff! ¡Con lo bien que imitó a su abuela!

—Ya nos damos cuenta, buen hombre. Pero zanjemos el asunto de la lámpara. ¿Os convienen veinte dinares por ella?

—¡Veinte dinares! Es un precio respetable—respondió el interpelado—. Además, yo no consentiría nunca aceptar esa suma por ella.

—De acuerdo. Te daremos tres—concluyó Abdullah, dispuesto a hacer toda clase de rebajas.

—¡Oh!, no—respondió el camellero. Yo... la verdad... preferiría poder dársela por nada. Ya os he dicho que soy un sentimental.

—Haz lo que quieras, pero en seguida, pues tenemos mucha prisa—le rogó nervioso Aladino.

—Tendría un gran placer en hacerlo, amigos míos. Pero el caso es que hace un rato que la he vendido.

—¡Que la has vendido! ¡Podías decirlo antes!

—¿Te gustaría conocer a la persona a la que he vendido la lámpara?

—¡Naturalmente!

Y entonces, el camellero les explicó con demasiada calma que se la había dado, a cambio de un corte de traje, a Ali, un sastre que había encontrado por el camino y que iba de regreso hacia la ciudad.

—¿Sabes dónde vive?

—Vive, vive... A ver, esperad. Qué cosa más extraña. Me lo ha dicho, pero no acierto a recordarlo. Pero no debéis preocuparos. No tiene pérdida. Cualquiera del mercado os lo dirá.

Abdullah y Aladino salieron escapados hacia el centro de la ciudad en busca del sastre Ali, nuevo poseedor de la maravillosa lámpara. El camellero, extrañado por la prisa de los muchachos, movió la cabeza a derecha e izquierda y prosiguió su lenta marcha hacia el Sur.

DE SASTRE A PERSONAJE

En efecto, el camellero había dicho la verdad. La lámpara estaba en poder de Ali, un pobre sastre que trabajaba solo en su taller.

Satisfecho de la buena adquisición, que tan útil le sería por su labor diaria, Ali, al regresar a su casa, colocó la lámpara encima de una mesa del obrador. La lámpara aparecía reluciente.

Cuando estaba enajenado contemplándola y la acariciaba suavemente con la mano, oyó de pronto una delicada voz femenina que le decía: «Amo y señor: soy la esclava de la lámpara de Nador.» El sastre creía ver visiones, y se puso a gritar como un loco: «¡El diablo! ¡El diablo!» La voz que había surgido de la lámpara, y que no era otra que la voz del Hada Hábs, procuró tranquilizar a Ali y le dijo que allí estaba ella para guardarle y servirle en todos sus deseos, fuesen grandes o pequeños. Pero el sastre, desconfiado, no se dejaba convencer y seguía con sus gritos, convencido de que se las habla con un ser sobrenatural y diabólico. Hábs, para tranquilizarle mejor, se convirtió en mujer y le rogó que se calmara, pues lejos de producirle ningún daño, podría proporcionarle grandes beneficios.

—Yo soy un genio, con facultad para otorgar al dueño de la lámpara todo cuanto me apetezca y me pida.

—¿Eres un genio? —preguntó desconfiado todavía el sastre Aji—. Pues sí, en verdad, lo eres, bien venida seas a mi humilde mansión. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

—No, al contrario. Soy yo quien debe preguntarte si puedo serte de alguna utilidad. Pide y obtendrás. Ordéname y serás obedecido. Desde hoy, eres mi amo y señor.

—¿De veras que me darás cuanto te pida?

—Ya lo verás, Aji.

Entonces, el sastre se sonrió satisfecho y expuso a Babs lo que de tanto tiempo ambicionaba: una costurera pelirroja.

—¿Costureras pelirrojas? ¡Tantas como quieras! Tengo poder para darte las que necesites. Serás servido, Aji.

Babs levantó los brazos, como hacía cuando quería satisfacer los deseos de los propietarios de la maravillosa lámpara, y en un instante aparecieron seis bellísimas costureras pelirrojas, que le sonreían dulcemente. Aji creía soñar. Vela y no estaba todavía seguro de lo que tenía ante sus ojos atónitos.

—¡Son auténticas! —se decía maravillado—. ¡Y todas mías!

—Todas y además saben guisar —dijo irónicamente Babs.

—¡Maravilloso! ¡Y con lo que a mí me gusta la cocina! —murmuró Aji mientras contemplaba abstraído las seis beldades.

—Pero yo no me paro aquí, Aji. ¿Quieres todavía más cosas? —le preguntó el genio.

—Pues, verás: como todos los sastres, tengo pasión por los trajes bellos y de buena tela. ¿No podías darme el más elegante que existiera en toda la tierra? Quisiera uno adornado con piedras preciosas y galones de oro, un traje como el que lleva el Sultán. Más todavía: quisiera el mismo que el Sultán lleva puesto.

—Eso disgustará al Sultán. Pero, puesto que yo concedo cuanto mi amo y señor me pide, y puesto que no me defengo ante nada ni ante nadie, te daré lo que quieras: tendrás el más rico y suntuoso traje que lleva el sultán Hadji.

Mientras esta escena se producía en el taller del sastre Aji, en el salón del Trono del palacio del Sultán se iba a verificar el acto solemne del enlace matrimonial de la bella princesa Armina con el repugnante y pérfido visir Hassan.

El amplio salón ofrecía un brillantísimo aspecto. Todo relucía: lámparas, muebles, espadas, uniformes... Los esclavos montaban la guardia de honor. Los invitados aparecían rígidos y solemnes. El Visir estaba satisfechísimo al ver conseguidas sus ambiciones. La princesa, por el contrario, sentía en su corazón una pena profunda, pues en aquellos momentos se desvanecía toda posibilidad de casarse con el hombre a quien verdaderamente amaba. Sólo un mágico poder podía cambiar la situación. Pero era absurdo pensar en que el destino pudiese ser ya modificado. El matrimonio iba a ser consumado, y con él se desvanecerían las legítimas ilusiones de la princesa.

El sultán Hadji declaró abierta la ceremonia, y en tono profundo, grave, solemne, pronunció las palabras de ritual:

—Que vuestra vida matrimonial sea de constante gozo. Y en este instante, yo, el Sultán, os proclamo...

Cuando apenas había pronunciado estas palabras decisivas para la vida de la princesa, por obra y gracia de la lámpara maravillosa, el Sultán quedó despojado de sus brillantes y ricas ropas y apareció con lo más sumario, casi desnudo. La metamorfosis se producía porque en aquel mismo instante, el hada Babs convertía al sastre en un gran personaje, vestido con las ropas que llevaba el Sultán.

—¡Alteza!—exclamó consternado y confundido el Gran Visir al darse cuenta del cambio producido en la indumentaria del Sultán.

En todo el salón, pletórico de gente y rebosante de lujo y de boato, se levantó un gran y prolongado murmullo. Pero S. A. el Sultán, que no se había apercibido de la transformación que había sufrido, preguntó airado:

—¿Qué pasa? ¿Qué significan esos murmullos impertinentes? ¿Cómo os atrevéis, malditos, a interrumpir mi real palabra y tan histórica ceremonia?

—¡Pero, mi señor, mirad!—le hizo observar el Visir.

El Sultán se observó, y al contemplarse despojado de sus ropas, cogió una capa que oportunamente le fué tendida por uno de sus servidores, y cubierto con ella, se retiró a toda prisa a sus

habitaciones para vestirse de nuevo, no sin antes exclamar indignado:

—Haré decapitar inmediatamente al autor de tal incalificable jugarreta. La ceremonia continuará en cuanto yo regrese.

La princesa aprovechó la confusión provocada por el suceso para retirarse a su cámara. El gran visir Hassan, al darse cuenta de la desaparición de ella y maliciando que ella se había fugado para evitar que se consumara la boda, se dirigió a las habitaciones de S. A. Allí se encontraba la princesa Armina. El gran visir Hassan estaba visiblemente furioso.

—¿Por qué razón habéis abandonado la ceremonia?

La princesa, que se iba dando cuenta de las maquinaciones del Visir, no contestó a la pregunta, sino que, a su vez, le formuló otra:

—Decidme inmediatamente dónde se halla mi padre.

—Vuestro augusto padre se encuentra en su cámara para vestirse de nuevo y proseguir la ceremonia.

—No, Visir. Mi padre no se encuentra allí. Quien indebidamente ocupa las habitaciones del Sultán es un impostor; es mi tío el príncipe Hadji.

—Vuestro tío, Alteza, se halla, como vos no ignoráis, en el destierro— respondió con aparente calma, pero con verdadera preocupación—. Me atrevería a deciros, Alteza, que la emoción de la boda y el desenlace que la ceremonia ha tenido os ha puesto un tanto nerviosa.

Peró la princesa sabía perfectamente lo que se decía, por: que, en un momento, desfilaban escenas, palabras, personajes por su mente. Y respondió así a la insolencia del Visir.

—No. Cuando mi tío Hadji atentó contra la vida de mi augusto padre, le dejó en el brazo una enorme cicatriz, que apenas ha sido cerrada por los médicos. En cambio, ese hombre que ocupa el trono no tiene la menor señal en el brazo derecho.

El Gran Visir, temiendo que fuese descubierta su intervención en las sucesivas conjuras maquinadas y llevadas a cabo por el príncipe Hadji, hizo un gesto de sorpresa ante la rotunda afirmación de la princesa, y añadió:

—De ser verdad eso que decís, debemos proceder con una gran cautela.

—No, no queda tiempo para ello. Por el contrario, hay que actuar con una gran energía y extraordinaria rapidez. Quiero saber cuanto antes lo que le aconteció a mi padre. Los emires y chambelanes están todavía reunidos. Si no les descubres al impostor, yo mismo me encargaré de hacerlo sin ninguna dilación.

—No debéis preocuparos ni excitaros, Alteza. Iré yo personalmente a decirselo en el acto, y le desenmascararé.

En efecto, el Gran Visir se dirigió a las habitaciones del Sultán; pero no con el honesto propósito que había indicado a la princesa ni como un hombre que se considera gravemente ofendido por la suplantación, en la misma medida que se lo consideraba Armina, sino en plan de cómplice de la traición y para reprochar al impostor por no haber previsto todas las contingencias posibles.

—¿Conque todo había de salir bien?—dijo Hassan en tono sarcástico al entrar en la cámara del Sultán.

—Pero, ¿de qué estás hablando?

—Armina sabe que no sois el Sultán.

—No seas imbécil. ¿Por quién podía enterarse? Acaso...

—Callad. Me ofendéis con la suposición. Pero no olvidéis que vuestro hermano tiene una cicatriz enorme en el brazo derecho. Y ella ha podido observar, cuando se ha producido el lamentable y grotesco espectáculo del Salón del Trono, que vos no tenéis ninguna señal.

—Es verdad. No me acordaba yo de eso.

—Pero la princesa sí.

—¿Dónde se encuentra ella ahora?

—Está en sus habitaciones.

—No te preocupes, porque no se ha perdido nada todavía. Si entonces no supe tomar todas las precauciones necesarias, ahora te prometo que no descuidaré ninguna.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Sólo he de decirte una cosa: que estoy bien seguro de que le guardarás el luto debido.

LA LAMPARA RECUPERADA

Entretanto se producían estos acontecimientos en el palacio del Sultán, Aladino y Abdullah seguían, presurosos y desesperados, en busca de la lámpara maravillosa. Finalmente, después de preguntar a muchas personas por el paradero del sastre Ali, pudieron dar con él.

Abdullah se encargó de escamotear la lámpara al confiado sastre. Su práctica en el arte del escamoteo le daba mucha autoridad en la materia. Si la lámpara estaba en poder del sastre, era seguro que Abdullah la haría desaparecer. Por eso, Aladino resolvió que fuese Abdullah quien entrara en la tienda. Aladino haría de acompañante.

Tantos fracasos habían tenido en busca de la lámpara, que los dos amigos optaron por no plantear claramente las cosas al sastre Ali. Era preferible que Abdullah y Aladino se presentaran como dos clientes.

Pero desde que el Hada Babs había operado tantas modificaciones en su taller y en su propia persona, el sastre Ali se había retirado del negocio. Su nuevo rango no le permitía trabajar más.

—Queridos clientes— les hizo observar al entrar—. Llegáis tarde. El sastre Ali ha dejado de ser sastre.

Pero tanto Aladino como Abdullah no eran hombres que se arredraran ante las dificultades. Bastante habían demostrado que eran capaces de afrontar y de salvar las situaciones más delicadas. Y ante la afirmación del sastre, decidieron optar por la fórmula del halago, a base de excitar sus humanos sentimientos de vanidad y orgullo. Abdullah, muy ducho en esas cosas, se encargaría de ello.

—Oye, amigo—le dijo—, ¿Luce una ropa que es una hermosura. Siempre busqué un traje de este corte. ¡Ya lo creo! Es todo un curso práctico de elegancia. ¡Y esos hombros tan justos! ¿Dónde empezarán los tuyos? ¿Y las mangas? ¿Son bastante anchas? ¿No crees que las mangas deben de ser anchas? ¡Si te viera tu abuela! Dime, Ali, ¿dónde lo has comprado?

—Verás «effendis». Es una curiosa historia. Tú no la comprenderías. Esta mañana cuando yo iba por el camino del sur, me crucé con un caballero que venía de la ciudad, y tras un pequeño regateo le cambié un corte de traje por una lámpara de cobre. Cuando regresé a mi casa, la froté un poco por pura casualidad y fué entonces cuando una dama extraña salió del aire, como por encanto. Y esa dama me dijo que no tuviera miedo, que sólo venía para darme cuanto yo le pidiera. Y cuando la dije que deseaba unas costureras jóvenes me las dió.

Mientras el sastre Ali discursaba, Abdullah, tan práctico en apoderarse de lo que no le pertenecía, le hizo desaparecer la lámpara maravillosa. Una vez en posesión de ella ya no tenía nada que hacer en el taller y trató de despedirse del sastre:

—¡Qué suerte! Pero... ya me contarás el resto cualquier otro día. Nos veremos en el café. ¡Adiós, Ali!

La lámpara volvía a ser de Aladino. Cuando éste la tuvo en sus manos y la frotó suavemente, el sastre Ali que seguía paseándose, orgulloso de su indumentaria, por su tienda de sastre, quedó automáticamente despojado de sus ricas ropas, y, también como por encanto, se esfumaron las seis costureras pelirrojas que el mágico poder del Hada Babs había creado.

Dueño de la lámpara maravillosa, Aladino se sentía capaz de todas las audacias. Era indispensable y urgente que se trasladara a Palacio con objeto de impedir que se celebrara la boda entre

la princesa y el Visir Hassan. Sabía que podía contar con la ayuda de la lámpara, que le concedería cuanto le pidiera. Y eso le tranquilizaba mucho.



Aladino se dirigió directamente a los salones privados del Sultán. Esto que ya iba temiendo el lamentable desenlace de su audaz aventura, palideció al ver ante sí al hombre que ambicionaba casarse por amor con la princesa Armina, y que, por su juventud, su empuje y su lealtad hacia ella, era quien podía poner en evidencia su traición.

—¿Cómo entraste aquí? — exclamó el Sultán Hadji al verle.

—Lo mismo te pregunto yo. ¿Por qué puerta trasera te infiltraste en el palacio del Sultán? ¿Dónde se halla vuestro hermano?

El impostor no contestó a la pregunta. Lo que le interesaba era terminar con el temible y gallardo rival. Y como respuesta, cogió su espada y se dispuso a esgrimirla contra Aladino. Pero éste era intrépido y listo, y se hizo con otra. Entre los dos hombres se inició un duelo a muerte.

La princesa se había enterado por Abdullah de la llegada de Aladino a Palacio, y al saberlo se dirigió inquieta y presurosa a las habitaciones del Sultán, en las que sabía se hallaba su amado.

—¡Cuidado, Aladino! —gritó horrorizada al ver cómo los dos hombres se batían furiosamente—. ¡El príncipe Hadji es el mejor esgrimidor de Persia!

El fiel Abdullah, que se hallaba allí, le sugirió que empleara la lámpara maravillosa.

—No, Abdullah. Ya le daré su merecido sin ninguna ayuda.

El pretendido sultán estaba furioso y concentraba su cólera y su ira en los asaltos contra el adversario:

—Conseguiste escapar de la horca, vagabundo, pero esta vez no te escaparás. Arrojaré tu carroña a los cuervos.

En efecto, tal como la princesa había dicho a Aladino, el príncipe Hadji era un excelente esgrimidor. Pero Aladino era

también muy hábil en la esgrima. Y el duelo presentaba muchas alternativas sin que se decidiera a favor de uno u otro. Los dos, con el mismo deseo de exterminar al adversario, se atacaban sin piedad. La lucha era despiadada, feroz.

Abdullah y la princesa, que presenciaban la trágica escena, animaban a Aladino en contra del impostor.

—Vamos, Aladino. Mareafo a fuerza de piernas — le gritaba Abdullah.

El príncipe Hadji fingió batirse en retirada.

—Sois maestro en retiradas, mi señor — exclamó Aladino.

Pero, traidor entre los traidores, también jugaba sucio en la esgrima, y cuando ya parecía entregarse y dejaba la espada en el suelo, la cogió de nuevo para coger desprevenido a Aladino. Pero éste, que no perdía de vista el más leve movimiento del temible adversario, fué lo bastante hábil para mantenerse en una posición defensiva que luego se trocó en acción de ataque.

Mientras tanto la lucha entre los dos hombres seguía implacable. Pero el príncipe Hadji iba cediendo al juvenil impulso y a los ataques certeros de Aladino.

—¡Basta, basta!—suplicó el príncipe Hadji.

Habiendo vencido en buena lid al traidor Hadji, Aladino se dispuso a exigirle que le dijera dónde se hallaba el verdadero Sultán.

—Te concedo un instante para que lo digas.

Hadji, a quien ya no quedaba ninguna esperanza de salvación, dijo que el Sultán se encontraba en los sótanos del palacio de Jalfa.

—Y ahora—le ordenó Aladino—, tira la espada al suelo.

En aquel supremo instante, la princesa Armina abrazó emocionada a su amado Aladino.

* * *

El Sultán fué inmediatamente libertado de su encierro del palacio de Jalfa.

Horas después, por las calles de la ciudad oriental un heraldo comunicaba al pueblo lo que Su Majestad había decretado:

«Por orden de nuestro querido Monarca, el Grande y Poderoso Sultán Kamir Al-Kir, el noble Aladino de Carzay queda elevado desde hoy a la dignidad de Gran Visir.»*

La justicia, la verdad y el amor habían vencido en aquella lucha sin paz ni tregua ni misericordia. Si el Sultán Kamir Al-Kir podía recuperar el trono que tan traidoramente le había sido arrebatado por su hermano y por el Visir Hassan, Aladino podía conseguir lo que tanto ambicionaba y por lo que tanto había luchado noblemente: casarse con la princesa Armina.

¿Y Babs? La pequeña Babs, aun cuando viera desvanecida toda posibilidad de casarse con Aladino, quería seguirle a su lado. Pero ésto le había rogado que le dejara.

—Pero... si yo deseo estar junto a ti. ¿Por qué quieres que te deje?—le preguntaba angustiada la pequeña Babs.

—Porque siempre habrá alguien que te necesite. Los viejos, los enamorados, los niños, todos los seres que llenan de sueños sus vidas. Aquí te llaman el Genio de la Lámpara, pero en otros países te conocen por otro nombre más dulce y más sublime: el de la Esperanza. ¿No lo comprendes, pequeña? Tú perteneces a todos y a todas las edades.

—Pero yo no quiero pertenecer a todos y a todas las edades. Quiero sólo pertenecerte a ti.

—Tú—le respondía Aladino—no eres de nadie, Babs. Eres de todos porque a todos aportas tu generosa ayuda. Por eso te dejo en libertad y te exijo que hagas un buen uso de esa libertad.

—¿Me das la lámpara?

—Sí, pero para que permitas que otro la encuentre, porque hay muchos seres en el mundo que sueñan cosas que están fuera de sus posibilidades, y deben aprender, como he aprendido yo, que eres algo más que un hermoso sueño.

Babs frotó suavemente la lámpara y apareció ante sus ojos un hombre exactamente igual a Aladino. Iba vestido tal como Aladino vestía cuando cantaba en el mercado de esclavos. Los dos al verse se abrazaron amorosamente.

En aquel instante llegó Abdellah al jardín del Sultán. Iba ele-

gantemente vestido y estaba radiante de felicidad. Con su habitual buen humor iba cantando «Qué mujeres hay por aquí».

Al ver a Aladino, exclamó:

—Esto es vida, ¿eh?

Pero el segundo Aladino, que no había visto en su vida a Abdullah, le preguntó intrigado:

—¿Quién eres tú?

—¿Quién quieres que sea yo? Bromas, no, ¿eh?, que ahora todo va a pedir de boca.

—Pues es la primera vez que veo tu cara.

—Vamos, Aladino. Insisto en que no bromees con la amistad. Han ocurrido tantas cosas que a lo mejor tú y yo volvemos a ser unos desgraciados vagabundos. Soy tu compañero inseparable Abdullah. Soy el que dice los chistes. ¡Soy el que he compartido todas tus aventuras!

—Ni te conozco de nada, ni tú eres mi amigo.

—Ah, ya lo veo. Como has llegado a escalar la cumbre, ya no tienes ninguna necesidad de mí, ni mi amistad, que parecía inquebrantable, te sirve para nada.

Pero fué entonces cuando Aladino, el auténtico, el que actualmente era el Gran Visir, apareció en el jardín del Sultán, y al divisar a su entrañable Abdullah, le gritó:

—Abdullah, ¿dónde te habías metido?

Abdullah miró hacia el lugar de donde procedía la voz. Y vió a su amigo Aladino, feliz y sonriente. Volvió a fijarse en el otro Aladino, el vagabundo, y exclamó:

—Un momento. Antes de ir contigo tengo que arreglar las cuentas con este tipo.

Pero en seguida se dió cuenta de lo que había sucedido. Oyó, sin verla, al hada Babs, y comprendió que ésta, con su lámpara maravillosa, había realizado otro milagro.

A Babs le hizo mucha gracia, y exclamó:

—Este muchacho es encantador. Voy a ver si le consigo algo bueno.

Momentos después Abdullah aparecía rodeado de bellas mujeres y de deliciosas danzarinas. Dotado, por obra y gracia de Baba,

de una prodigiosa voz, Abdullah cantó «Todo o nada», evocación de lo que los dos amigos habían sido y afirmación de lo que actualmente eran.

Gracias a su constancia, a su fe, a su amor recíproco, la princesa Armina y el cantor Aladino, habían conseguido el ideal de su vida: casarse por amor. A través de vicisitudes y de sinsabores, pudieron pasar de una fase en la que todo parecía perdido a una realidad en que todo lo habían ganado.

«Todo o nada». La canción de Abdullah lo resumía todo bellamente.

Cantaba tan bien el muchacho, que Babs, que permanecía atenta a sus cánticos, no pudo contenerse de exclamar, anticipándose de muchos siglos:

—¡Oh, mi Sinatra!

F I N

No deje usted de coleccionar los

CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas	1'—	peseto
JORGE NEGRETE «Selecciones»	1'—	»
Creaciones de JORGE NEGRETE	1'50	»
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA	1'50	»
JORGE NEGRETE sus nuevos éxitos	1'50	»
JORGE NEGRETE, IRMA YILA Y TITO GUIZAR	1'50	»



Leyendo siempre EL FOLLON
de risas darás un millón.

EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MONTAÑOLA
MALLOL
MESTRES
JUAN DIEGO
CEDO

TÍTULOS

Situación comprometida
Delicadeza impropia
"El Follón" estudiantil
"El Follón" del-estrapero

EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente
descacharrante y de fina ironía,
armará EL FOLLON padre

DOS pesetas

Si humor quieres tener
EL FOLLON debes leer.

4 ptas.